Quijote un Circo romano, esperando á cada momento ver salir de sus compuertas leones é hircanos tigres, remontóse el aeróstato ante la muchedumbre de curiosos, y poco antes entró gentilmente en la barquilla el caballero, y sentóse donde le dijo el aeronauta; preguntándose todos quién sería aquel extraño acompañante, que con tal arrojo se prestaba á seguir al inventor del aparato en su prueba definitiva.

Pronto corrió la noticia de que era el mismo del escándalo del Teatro Real: un loco pacífico hasta cierto punto, que se titulaba D. Quijote de la Mancha; mas, cuando todos le dirigieron los ojos y gemelos, ya se balanceaba él por los aires, sin que le llegaran los rumores de los universales aplausos que, como los ecos de la lisonja, no alcanzan á los oídos de los que se remontan sobre la vil corteza de la tierra y van con el pensamiento puesto en las cosas de arriba.

CAPITULO XVII

En que se da noticia del viaje aéreo que realizó D. Quijote en el globo, que le pareció águila caudal.

Cuando D. Quijote se vió arrebatado de tejas arriba como una pluma, en aquel oscilante barquichuelo, sin más compañía que el caballero aeronáuta, su primera sensación fué de inexplicable vacío, luego de mareo, y en seguida de terror; pero, reaccionando sobre su espíritu y comprendiendo que él no debía dar cabida á eso último, se esforzó en sonreir y preguntó á su acompañante qué águila caudal tan poderosa era aquella, que así les llevaba por las alturas.

Es un águila que yo he empollado, dijo su interlocutor brusca y solemnemente; y D. Quijote le miró, con fijeza, pensando que tal vez sería Júpiter el que con tal dominio gobernaba el águila aquella, tan grande que les tapaba el sol y tan voladora que les remontaba á los cielos.

Júpiter maniobraba de tal manera con el motor eléctrico de la barquilla, que ésta viraba en efecto á su voluntad y describía en las alturas con el globo círculos serenos, á manera de águila verdadera.

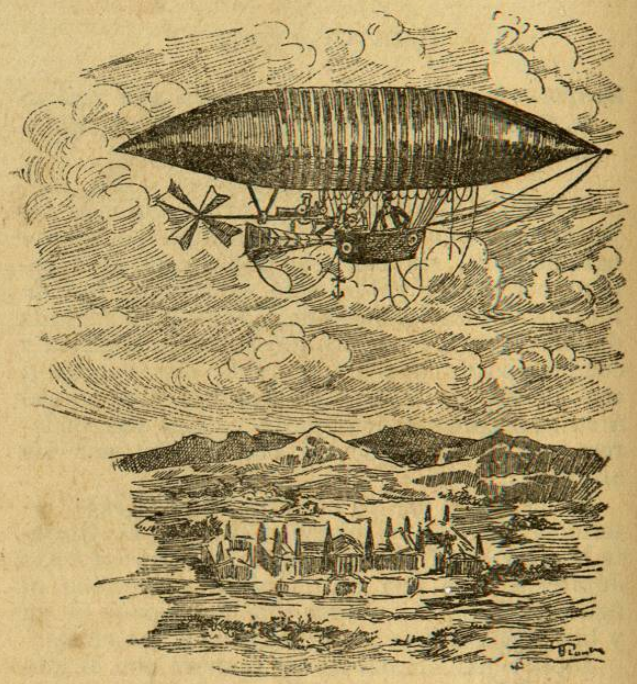
Asomándose D. Quijote por la borda, vió en la inmensa hondura Madrid todo, como ciudad de casitas de naipes, como una población juguete, hecha para entretenimiento de un niño.

Allá estaba, en arco con todos sus minúsculos picos cercándola, el Guadarrama. Entre esta sierra y la Metrópoli de miniatura, veíanse pueblecillos esfumados, como blancas ampollitas, y entre ellos descollaba una rotondita tan

insignificante que parecía obra de un topo.

¿Qué es eso? preguntó D. Quijote. Y mirándolo Júpiter con sus gemelos marinos, exclamó: Es el Escorial: ved, Señor mío, el gigante de Felipe II, qué pequeño resulta ante nosotros.

En mis tiempos se estaban labrando los sillares para él, dijo con naturalidad D. Quijote;



y Júpiter hizo un movimiento de sorpresa, que tambaleó la barquilla, por no saber qué casta de loco llevaba consigo.

¿Qué población es esa que se divisa á la derecha, cuyas casas parecen granos de mijo? preguntó D. Quijote.

Es Alcalá de Henares, respondió Júpiter; con su famosa Universidad.

Estuviéronla contemplando un rato, usando D. Quijote por primera vez de aquellos gemelos marinos, que creyó ser los poderosos ojos del Júpiter aquel, el cual se los quitaba y se los

ponía á su voluntad; y verdaderamente se maravilló de ellos, porque lo que apenas con sus pupilas naturales veía como nieblecillas, con aquellos claros ojos se le descubría y detallaba y aun parecía que se le acercaba á la puerta de la nariz.

Pasado un rato, no pudieron ver más de la hondura, porque había obscurecido en ella; pero ambos siguieron el camino del sol todavía, pues aún daba su luz en el globo, cuando ya era noche en lo profundo. Por fin desapareció el luminar entre lejanías nebulosas, y se hizo noche arriba como abajo.

El pájaro empollado por el aeronáuta seguía su rumbo á N. E. inflexible, moviendo sus hélices vertiginosas, y D. Quijote, curtido en el frío manchego, sintió sin embargo el helor de las alturas, sobre todo en su mondada calavera. Por primera vez pidió una manta para arrebujarse, y no tardó en envolverse en otra Júpiter mismo, echándose en el fondo de la barquilla á dormir y dando las buenas noches.

Pasmóse D. Quijote de la seguridad con que aquel hombre abandonaba su águila en la noche y se dejaba arrastrar de ella; y como el que duerme es casi un muerto se vió solo el caballero en la inmensidad del espacio tenebroso. Miró á las estrellas, que semejaban luciérnagas de alrededor, y á los negros nublos que á trechos las encubrían; notó que otros rodaban por debajo del águila aquella, y le parecieron más temibles endriagos que los que libraron con él combate, yendo en el dragón, de que salió con el anillo tragado y la espada rota. No quiso comprometer en nueva batalla la otra espada de Hernán Cortés, y se quedó sin pelear, acurrucado en la barquilla, arrebujado en la manta con la capucha echada por cima de la cabeza, donde sentía un frío horrible. Tan solamente aprestó el talismán para hacerse incoloro, si aquellos espantables enemigos le atacaban.

Después de todo, el no luchar allí no era cobardía. Ningún andante caballero habíase visto en trance tal, y ya hubieran temblado quizás de encontrarse así á mil leguas de la tie-

rra y en las garras de aquel ave, los Esplandianes, Florismartes y Amadises.

Pensando que Dulcinea habría ido á la Patagonia en las alas de un águila parecida, cerrando los ojos para no ver el insondable abismo, mecido por los vaivenes de la barquilla del aeróstato y puesto el corazón en su dama, quedóse también dormido el caballero, y el globo siguió caminando en la inmensidad de aquella noche sin luna, hendiendo el viento de través. . . . . .

Antes de amanecer para la tierra, amaneció para el montgolfier, y á la claridad diurna despertaron los viajeros atrevidos ¡Celestial mañana! El alba de blanca túnica y de verdes ojos asomaba por un horizonte infinito, y según avanzaba en su carro de nácar, daba paso entre nubes á la rosada aurora, que en otra carroza de coral y muelles de oro iba detrás de aquélla, alzando fino polvo de rubíes; y ambas abrían camino al Sol, rey de la luz, que venía ya, ceñido de su corona, en otro carro aun más resplandeciente.

D. Quijote distinguió con claridad aquellas dos hermosas damas, Alba y Aurora, y vió por fin tras ellas al radiante Fébo, que guiando los caballos de Faetón, salía más temprano á recorrer sus dominios y todo le pareció sorprendente visto desde arriba: el dispersarse de las nubes, el deshacerse de las nieblas, el colorearse de los cielos, el descorrerse el velo nocturno de la madre tierra; y á ella volvió los ojos y no pudo menos de interrogar á su camarada:

¿Dónde estamos?

Buenos días, dijo éste, desentumeciéndose en la barquilla y frotándose las heladas manos, como pudiera haberlo hecho en su camarote de un buen buque de vapor; y tomando la altura, haciendo sus cálculos y mirando con los gemelos, respondió. Hemos dejado atrás Castilla la Nueva; pero nos hemos desviado, por no apreciar bien la resistencia del viento, y estamos en Castilla la Vieja, en vez de habernos puesto sobre Aragón.

Entonces, dijo D. Quijote, ¿qué es aquella

especie de signo ortográfico de admiración que se vislumbra allá?

Esa, respondió el aeronáuta, es la catedral de Burgos.

¡Su grande y gótica torre como una i! exclamó el caballero.

Y gracias que en eso la dejemos, dijo enfáticamente su interlocutor: porque, si queremos subir más, la reducimos á un punto, y con otro poco de ascender se queda en nada.

¿Y qué haremos ahora con esta desviación que tenemos? preguntó D. Quijote.

Sencillamente, respondió Júpiter; rectificamos el rumbo con los timones, y tomamos hacia el Este, avivando la marcha; de modo que son las cinco y estamos sobre Burgos; á las once bajaremos á almorzar á Huesca.

Reanimados D. Quijote y su acompañante, con los cálidos rayos del sol naciente, y con unas cuantas copas de rom, viró el aeróstato tal como había dicho su director, y dejaron la i de la Catedral de Burgos como cosa perdida, dirigiéndose por cima de sierras que parecían topineras, y de ríos que eran como hebras de plata, y de campiñas de trigales maduros, que semejaban pedacillos de topacio, á tomar á Aragón de costado, por donde más unido estuvo con la tierra castellana en los buenos tiempos de los buenos reyes.

Ya estamos en Aragón y en frente de Navarra, exclamó al cabo de un rato el aeronáuta. Mirad, Señor mío, cómo se descubre con estos gemelos el adusto Moncayo, con su santuario en la cumbre, y el Quéiles fecundo y Tarazona sobre sus cimientos de roca, presidiendo una muy rica campiña.

¿Esa, dijo D. Quijote, es la ciudad que tiene en su escudo una vid sobre un castillo, haciendo alusión á aquella vid única que quedó en la península, según cuentan, cuando ésta, por una horrible sequía, se trocó en desierto sin vejetación y sin gentes, y cuando sus ríos Ebro y Guadalquivir quedaron en pobres hilos de agua?

Esa precisamente, dijo su interlocutor; y aun-

que lo demas sea fabuloso, es emblema de la fertilidad de su suelo.

Entonces será fabuloso también, replicó Don Quijote, que uno de los Prelados de esa Ciudad, llamado, si mal no me acuerdo, Miguel de Urrea, era tan sabidor de los enigmas de la Magia, que burló al demonio con sus mismas artes; y que Hércules fabricó su propio alcázar en esas cimas.

Enteramente fabuloso, Señor, respondió el aeronauta, que era muy versado en Historia y muy serio y formal en sus juicios, como hombre de ciencias exactas. Y, no dejándole tiempo de replicar, para no entablar discusión, añadió sencillamente: Mirad ahora el Ebro, que va buscando á Zaragoza, engrosado por todos esos afluentes, y ved que parece la arteria aorta de Aragón, que recoje toda su sangre.

D. Quijote estuvo mirándolo largo rato, hasta perderlo de vista, y siguió con los gemelos todos los pueblos del gran valle aquel, que pasaban por bajo de su bajel aéreo como manchitas blancas ó protuberancias terrosas, con sus tejadillos y campanarios minúsculos.

Así fueron marchando, mientras el Sol se levantaba como un titán por sus propias fuerzas, y á trechos descubríanse los despoblados, las rocas peladas, los montes y las pardiñas, interrumpidos de largo en largo por las villas y aldeas, ó por los monasterios y los castillos derruidos.

Volaba el globo con rapidez, y todo huía al punto de los ojos atónitos de los viajeros.

¡Esa es Huesca! dijo el aeronáuta señalando á la lejanía. ¡Parada y fonda!

Huesca iba, en efecto, delineándose, y de manchita que era, como las otras, se trocaba en la diafanidad del día en población de pequeñísimos gnomos. Parecía fabricada por esos geniecillos en un punto de la sierra, y formaban armonía sus torres y los picos de sus montañas. ¡Engaños de la visión! Cuando estuvieron sobre ella suspensos, halláronla separada de aquel anfiteatro de agrestes picos, y vieron sus noventa y nueve torres de la leyenda desmoronadas y huecas, como extinguidos volcanes.

Ahí estará la célebre Campana, dijo D. Quijote, y á fé que fué gran cobardía de aquel Rey D. Ramiro dar muerte en trampa tan vil á tanto esforzado caballero; y si yo hubiera sido uno de ellos, no hubieran pasado ni el Rey ni el verdugo adelante en su siniestra matanza.

Allí es donde se supone ese hecho fabuloso, replicó el aeronáuta; en aquel edificio que á este lado se descubre, ó sea el Palacio, hoy trocado en Universidad.

Fabuloso no, dijo D. Quijote; que aun se nombra á los caballeros mandados degollar allí por el Rey Monje, y cuyas cabezas fueron puestas en círculo; y digo y repito que, si yo hubiera estado en aquel lugar, la propia cabeza de aquel Rey cogulla hubiera servido á la tal campana de badajo, y le hubiera atado una cuerda para hacerle oscilar y tocar á las paredes, tanto que los golpes de aquel cráneo los contaran todavía los reyes, y sonaran á los tiranos como aviso.

Encontrábase el águila perpendicular á la ciudad, y entonces comenzó Júpiter á hacerla descender; lo que vió D. Quijote con gran sorpresa, porque la población agrandábase ante sus ojos desmesuradamente, y le parecía caer como piedra sobre ella. Pronto se aclaró el panorama de sus plazas y calles y manzanas de edificios, y enseguida se vieron sobresalir las torres de sus templos y sobre todas su Catedral eminente y la Casa del Municipio. Oyéronse ya distintos los sones de las campanas que llamaban á Misa, pues era Domingo, y por fin tocaron tierra los dos viajeros, suave y sosegadamente, en la gran plaza donde está el Obispal Palacio.

Muchedumbre de curiosos acudió á ver el globo, que fué convenientemente amarrado, y á los dos viajeros que fueron grandemente atendidos; y el reloj de la Catedral daba las once en aquella sazón, para no desmentir los cálculos del aeronáuta. Visitaron la ciudad, la Torre de la puerta de Santo Domingo, el Coso, la silla donde el Justicia sentábase á dar sus fallos, y la Iglesia de San Pedro, celda y sepultura del Rey Monge; y después almorzaron convidados por el Alcalde, mostrando D. Quijote gran me-

sura, como si el aire de los espacios le hubiese saneado algo el cerebro.

No tenían tiempo de otra cosa; y como quien desata su caballo y en él monta para proseguir su camino, subieron á la barquilla y desatado el globo les elevó, haciendo evoluciones varias por cima de la torre de la Catedral, para demostrar su dócil manejo.

Dejaron pues á Huesca, y á la derecha caminando hacia el Este á Barbastro, con su remedo de Venecia en aquella calle de los puentes, que sin ser ninguno de los Suspiros, hartos suspiros habrán recogido de amantes pechos aragoneses, ó de dulces ecos de la jota clásica; y atravesando la frontera del antiguo Reino de Aragón y Cataluña, por encima de los ríos y de las sierras y por frente de los viejos condados de Sobrarbe y Ribagorza, tomaron vista á Solsona, le Celsona de la Reconquista, y por fin á la gran llanura de Urgel, divisando la Ciudad de los antiguos Condes de su nombre, con su derruído Castillo Hermoso y sus restos de la casa de la Condesa.

Triste cosa es, exclamó D. Quijote, ver al paso tanto castillo en ruinas en estos poblados, antiguo asiento de la bizarría y de la nobleza. Así que deben ir escaseando los Condes y Señores de horca y cuchillo, y los trovadores que asistían á sus fiestas para recitar sus cantos de amor y sus serventesios, y las damas que los enamoraban, y los caballeros andantes que los frecuentaban y que eran en ellos servidos por hermosas doncellas.

Eso se acabó: dijo el aeronáuta. Cual esas ruinas está aquel espíritu caballeresco de la Edad Media; como no se haya trasladado el tal espíritu á las aves y alimañas que en ellas anidan.

¿De modo que ya no hay trovadores? preguntó con cierta sorpresa el caballero.

Sí, pero son de Juegos Florales, respondió su interlocutor. No van á los castillos como antaño, ni andan con la lira á cuestas de reja en reja; pero acuden á un teatro ó salón, y al que ha presentado la mejor poesía, á juicio de un jurado, le dan una flor con un lazo ó sin él

para que la entregue á una dama que llaman Reina de la fiesta, y luego la ponen en un trono de comedia y se lee la poesía, y alguno que se dice Mantenedor hace un discurso alusivo, y terminado todo se apagan las candilejas y cada cual vase á su casa, sin tener que andar los trovadores á salto de mata.

Será eso más cómodo, replicó el caballero; pero es menos noble, y es lástima que estos castillos estén deshechos y derrumbados; porque, de no ser así, bajaríamos á ellos y veríais abrírseme las puertas de todos, y caer los puentes levadizos y salir los heraldos á las barbacanas, para dar paso y anunciar al valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, conocido en toda la redondez del mundo.

A estas palabras, hizo un movimiento de sorpresa el aeronáuta, tal que por poco da una vuelta de campana el aeróstato, y no tuvo duda ya de que, á la locura que le achacaban de bogar por los espacios en tan frágil nave, había añadido la otra locura mayor de llevar en tan arriesgado viaje á un loco de remate, por compañero.

Apresuró, pues, la bajada para dejar ese lastre peligroso en tierra y continuar él su camino á París, donde debía descender definitivamente dando tres vueltas á la torre Eiffel, y antes de que atardeciera estaba D. Quijote al pie de la ciudad, donde según lo prometido salieron á recibirle el Príncipe y varios amigos suyos, que hacían de ayudantes.

Saludáronse con efusión y D. Quijote preguntó al Príncipe cuántos miles de años tardaría en llegar su escudero Panza á tal punto, montado sobre su mula coja y llevando de reata á Babieca; porque para la empresa de la conquista de Andorra, hallábase sin escudero y sin caballo, cosa impropia de caballeros andantes; á lo que el Príncipe le dijo que miles de años no, pero que unos quinientos sí tardaría, como no fuera que algún gran pájaro de aquellos le cogiera con mula, reata y todo y los trasportase como á él en un día, volando despacio.

¿De manera, exclamó D. Quijote, que esos grandes pájaros, de la casta del que me trajo,

pueden volar más rápidamente? ¡Pues éste bien que atravesaba el aire como una saeta!

Sí que pueden, respondió el Príncipe; sobre todo cuando cojen un viento favorable, que entonces en un abrir y cerrar de ojos se trasladan á mil leguas ó más.

Comenzaron á subir la cuesta y D. Quijote, despuéss de una pausa, volvió á rogar al Príncipe que le aclarara una cosa obscura que él había oido en su viaje y era la respuesta del caballero aeronáuta, de que él en persona había empollado el huevo de que había salido el pájaro aquél.

Así es la verdad, respondió el interpelado: porque el huevo de ese pájaro se empolló dentro de los sesos de ese que lo gobierna, como el gérmen de Palas dentro de la cabeza de Júpiter: esto aparte de que hoy se empollan por los hombres los huevos de toda clase de aves, en unos aparatos que llaman incubadoras, y ya no han menester los polluelos para salir del cascarón las alas ni el abrigo de sus plumosas madres; lo que admiró grandemente á D. Quijote, pues manifestó que de eso á echar al mundo séres humanos sin necesidad de madres también, no había sino un paso.

Algo se trabaja para ello, dijo el Príncipe: porque hubo un Fáusto nigromante que fabricó en su laboratorio de alquimia, con los ingredientes de que el sér humano se compone, un hombrecillo llamado *homúnculus;* pero se murió con el secreto, y no se ha podido volver á hacer de esos: si bien hay otras incubadoras de niños, donde se ponen los que nacen á destiempo, que habían forzosamente de morir, y se les da el calor y alimento que en el claustro materno debieron seguir teniendo, y se les saca luego de edad natural, tan sanos y robustos, que á todos les tira luego la afición al ejercicio de las armas y de la andante caballería y son los más esforzados en los combates.

Creed, Príncipe, exclamó D. Quijote, que eso de los caballeros andantes salidos de incubadora es lo que más me interesa: porque, si ello es así, en escogiendo muchos niños nacidos á destiempo y poniéndolos en esa máquina de nueva invención, sacaría yo, como llueca, una pollada de andantes caballeros, que bastaría á regenerar la decaída afición al noble ejercicio de la caballería, que aquel Cervantes Saavedra, traduciendo la crónica burlesca de Cide Hamete, quiso desterrar y hubiera desterrado del todo, si yo no hubiese vuelto al mundo de los vivos.

En esto llegaron cerca de uno de los tres castillos que hay en la Seo de Urgel, y haciendo un pequeño alto, contemplaron desde allí la ciudad, que conserva sus viejos pergaminos como un noble arruinado: la Orgia de Ptolomeo, con su catedral románica, que parece una fortaleza, denotando la existencia de aquel sacro imperio de sus Obispos proveniente del siglo IX, por cesión de los Condes de Urgel sobre los vastos estados de Andorra, que D. Quijote se proponía conquistar para cumplir su palabra y para hacer la unidad Ibérica.